

BOLETIN DE LA IGLESIA ASTURGA

DEL

Obispado de Astorga.

SALE ESTE PERIODICO TODOS LOS JUEVES.

Se suscribe en esta ciudad en la redaccion del mismo y casa de D. Antonio Gullon: en Leon en la de los SS. Viuda é Hijos de Miñon.

PRECIO 24 RS. AL AÑO Y 6 POR TRIMESTRE FRANCO DE PORTE.

Nuestro Ilmo. prelado salió la mañana del 22 á continuar la Santa Visita, arribando felizmente el mismo dia á Valdesamario, en cuya parroquia confirmó el Domingo hasta la una de la tarde. Los confirmados fueron en gran número, siéndolo además de los fieles de los pueblos de la mansion, muchos mas de los inmediatos, pertenecientes á la diócesis de Oviedo.

Reales decretos.

En atencion á lo que me ha espuesto el ministro de la Gobernacion, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Desde el dia 1.º de Setiembre, todos los correos que se espiden de Madrid volverán á salir á las ocho de la noche.

Art. 2.º La direccion de Correos formará y circulará oportunamente los itinerarios de ida; y res-

pecto de los de venida, procurará que todos los correos entren en Madrid antes de amanecer, combinando en lo posible esta hora de llegada con la cómoda de salida de los puntos extremos de las líneas.

Art. 3.º La direccion general de Correos formará nuevos itinerarios para la estacion de invierno, conservando el tipo actual de media hora por legua de 20 al grado para los de verano, y dando mayor espacio de tiempo á las carreras en la estacion de las lluvias.

Art. 4.º El itinerario de invierno no empezará á regir en cada año hasta que la direccion, con presencia de las noticias que reuna al efecto sobre el estado de los caminos, señale anticipadamente el dia.

Dado en palacio á 20 de Agosto de 1856.-- Está rubricado de la Real mano.- El ministro de la Goberna-

cion, Antonio de los Rios y Rosas.

Tomando en consideracion las razones que me ha manifestado el ministro de Fomento, de acuerdo con el Consejo de ministros, para promover la concurrencia de cereales al publico mercado, y conseguir la disminucion de sus precios, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se declaran exentos del pago de derechos de tonelaje, fondeadero, carga y descarga, faros y cualesquiera otros, ya sean generales, provinciales ó municipales los buques que hasta 1.º de Junio de 1857 y con exclusion de otros artículos importaren en la península trigo, harinas, cebada y maiz de los países extranjeros.

Art. 2.º Quedan igualmente libres dichos artículos de los derechos de portazgos, cuya indemnizacion hará el Gobierno á los arrendatarios: así como tambien de los impuestos que sobre los mismos artículos graviten en virtud de la derrama ultimamente decretada por las Córtes Constituyentes, dejando á cargo de los ayuntamientos y diputaciones provinciales sustituir en otros artículos el déficit que por este concepto resultare, tanto en la parte relativa al Tesoro público, como á las atenciones provinciales y municipales, de conformidad con lo prescrito en la ley y Real instruccion de 16 de Abril último.

Art. 3.º Los gobernadores civiles y demás autoridades dependen-

tes de los mismos, aprovechando los servicios de la guardia civil, prestarán cuantos auxilios estimaren necesarios para la seguridad de las comunicaciones y circulacion de cereales.

Art. 4.º El Gobierno dará cuenta oportunamente á las Córtes de las presentes disposiciones.

Dado en palacio á 20 de Agosto de 1856.-- Esta rubricado de la Real mano.-- El ministro de Fomento y Ultramar, José Manuel de Collado.

NOTICIAS GENERALES.

En edicto de 15 del corriente se convoca á oposicion de la canongía doctoral de Toledo. Los aspirantes presentarán sus solicitudes dentro de 60 dias contados desde aquella fecha.

- Por otro del mismo dia se anuncia la vacante del beneficio de Sochantre en la propia metropolitana Iglesia con el término tambien de sesenta dias.

-- La milicia nacional del reyno ha sido disuelta y definitivamente estinguida en virtud de Real orden, fecha 15 del corriente. Por otra de 16, se aplaza hasta nueva orden la eleccion de ayuntamientos.

-- Accediendo el Santo Padre á los deseos del primer Concilio provincial de Quebec, ha eregido dos obispados en el Alto Canadá, el uno en Hamilton, y el otro en Londres.

Para el primero ha sido con agrado el Sr. J. Farrel, cura de Peterborough, y para el segundo el señor Pensinault, arcediano de la catedral de Montreal. Así en el Alto como en el Bajo Canadá la fé se halla en un estado floreciente. Hay allí ocho obispados, considerable número de sacerdotes así seculares como regulares, y muchos establecimientos religiosos que cada día van tomando mayor incremento. Las escuelas católicas, que gozan de grandes subsidios que el gobierno colonial destina á la educación de la juventud, siguen prosperando y aumentándose por todas partes.

(C.)



Pastoral del Sr. Arzobispo de Santiago.

NOS D. MIGUEL GARCIA CUESTA
por la gracia de Dios y de la Santa Sede, arzobispo de Santiago.

Al clero y pueblo de nuestra diócesis, salud y paz en Jesucristo.

Hemos tenido, amados hijos nuestros, gran gozo y singular consuelo en saber las maravillas obradas por la Divina Misericordia en medio de los horrores de la espantosa guerra que, despues de haber tenido á la Europa y al mundo por demasiado tiempo en angustiosa espectacion, acaba de terminar felizmente por un tratado entre las potencias que la sostenian. La Iglesia católi-

ca, animada del espíritu y sentimientos del Divino Maestro de la paz, Jesucristo, lloraba en silencio los estragos de aquella lucha horrorosamente gigantesca; y llorando los, é implorando remedio y término á ellos, se hacía acreedora á los consuelos del cielo. El Dios de la paz no ha tardado en enviarse- selos, y muy satisfactorios por cierto. En medio de la mucha sangre por desgracia vertida, sabemos que ha recogido una abundante cosecha de almas, que quizá lejos de allí jamás hubieran resucitado á la gracia. Oh admirables disposiciones de la sabiduría y omnipotencia del Señor, que así se complace en sacar bienes de los mismos males que los hombres promueven, y él permite y tolera!

Al leer, amados hermanos nuestros, las interesantísimas noticias de los triunfos obrados por la divina gracia en medio del furor de los combates, cuando al parecer mayores obstáculos se oponian á su accion salvadora, pudiendo apenas contener las lágrimas de enternecimiento que asaltaban nuestros ojos, hemos levantado nuestro corazón hácia el cielo, y en la dulcísima vehemencia de un especial afecto de gratitud á la bondad suprema: ¡Gracias á Dios, hemos exclamado; gracias á Dios, que en medio de su ira se acuerda de su misericordia; gracias á Dios, que se digna alguna vez descender un poco el velo misterioso con que oculta sus designios santísimos, para darnos á conocer el fondo de amor y de clemencia

que ellos encierran!» No, no está Dios tan lejos de la sociedad humana como parecían merecer los pecados de los hombres rebelándose contra la Majestad suprema y provocando su ira. Su amor le detiene en medio de ellos para salvarlos; su misericordia contiene el brazo de su justicia vengadora, y cuando parece que va á estallar la nube de su furor, desciende sobre la tierra en una suave y vivificante lluvia de gracias.

A la verdad, amados hermanos nuestros, los hijos de la fé necesitan ver de cuando en cuando los prodigios de la Bondad divina en medio de la muchedumbre de prevaricaciones humanas, para fortalecerse y robustecerse en esa misma fé de que viven, y que de tantas maneras es hoy combatida. Hay momentos, bien lo sabeis, en que, agobiada el alma bajo la consideracion de los grandes males que el mundo está padeciendo, quiere estender su vista por todos los horizontes, y pareciéndole ver establecido en todas partes el reino del mal y el imperio del error, se imagina que ya solo falta que de un momento á otro se rompan los diques que contienen el torrente de la ira del Eterno, para poner fin á un mundo de iniquidad. Mas hé aquí que cuando la pusalinimidad humana así se aflige y atormenta en el estrecho círculo de sus mezquinos cálculos, Dios, *longánimo y muy misericordioso*, según la espresion del Profeta; Dios, que no se apresura porque es eterno, y que, co-

mo observa San Juan Crisóstomo, es pronto en crear y tardo en destruir, viene á consolarnos con los rasgos de tu bondad inefable, y á decirnos con la voz elocuente de sus prodigios que todavía está con nosotros. Y viene tambien á decir á los insensatos que tal vez batian palmas por su aparente ausencia: «No os glorieis, no, en vuestra malicia: soy mas poderoso que vosotros; aquí estoy todavía para castigar á los soberbios y salvar á los humildes.»

A estas y otras muy dulces consideraciones dan lugar las noticias que una pluma elocuente ha estracado de una obra que, bajo el título de *La Cruz y la Espada*, acaba de publicarse en Francia, y en la que se refieren los asombrosos efectos de la accion católica en el ejército destinado á la campaña de la Crimea. Las gratas emociones que hemos sentido al recorrer el cuadro en que se representan los multiplicados triunfos de la fé y de la gracia que han tenido lugar en medio de los ensangrentados campamentos, ó en los asilos del dolor iluminados por la virtud del sacerdocio católico y de las Hermanas de la Caridad; el placer inefable que hemos experimentado al leer las hermosas páginas en que se nos habla de las reparaciones del espíritu en medio de la destruccion y de las ruinas materiales, de la resurreccion y de la vida en medio de los horrores de la muerte, traia consigo un vivísimo deseo de hacerlos participantes de nuestro gozo y

consuelo. Y no podía ser de otro modo, atendida la naturaleza del lazo que á vosotros nos une. Un padre apenas puede tener el placer y satisfaccion cumplida sin hacer participantes á sus hijos de las impresiones agradables que él experimenta. Por esto, y considerando por otra parte que es *honorífico revelar las obras de Dios*, como el Espíritu-Santo nos enseña, que del extracto á que nos referimos podeis hacer deducciones muy interesantes para vuestra instruccion y consuelo, y, finalmente, que los triunfos gloriosos que en aquel escrito se refieren no son los triunfos de un partido ni de una nacion en particular, sino los triunfos de Dios, las maravillas de su gracia, los favores que dispensa á su Iglesia Santa, de que deben regocijarse los fieles de todo el mundo, hemos determinado daros en esta nuestra carta pastoral el extracto indicado, á fin de que os consoleis y alegréis con nos en el Señor, y alabeis al Autor y Consumador de nuestra fé, Jesucristo, que nos consuela como dice el Apóstol, en todas nuestras tribulaciones.

Hé aquí el extracto de la obra citada, traducido por nos:

«La presencia, dice, de algunos sacerdotes en nuestros campamentos mostró desde luego á la Francia lo que es y lo que vale siempre, á pesar de sus convulsiones políticas y de sus producciones literarias. Se la repite tanto que es incrédula, que á las veces parece está persuadida de esto. Pues bien: es una ver-

dad que en su fondo esencial la Francia es cristiana, y que se la violenta queriendo alejarla de Dios. Cuando cesa la presion de los respetos humanos, se pone en accion desde luego el instinto religioso, aunque haya sido debilitado por las pasiones y hábilmente cercenado por la educacion, y el alma se levanta hácia Dios como la planta encorvada por la fuerza se endereza hácia el sol. Esto es lo que se vió inmediatamente en el ejército de Oriente, que al punto quedó sujeto á tan terribles pruebas. Atacado del cólera, diezmado antes de haber visto al enemigo, se sintió cristiano y católico. El soldado tendido en los hospitales improvisados de Galípoli y de Varna llevaba su mano helada á la medalla de la Santísima Virgen, que una madre ó una hermana le habia puesto al cuello, y la mostraba al sacerdote que recorría aquellos lugares de desolacion concediendo el perdón de Jesucristo. ¿Qué palabra podía pronunciar mejor que esta: *soy cristiano y católico!* Desde este principio las noticias de los capellanes y de las Hermanas de la Caridad son conformes: ni un soldado se negó á recibir los socorros de la religion; los oficiales dieron el ejemplo pidiéndolos. La muerte, dice Bossuet, revela el secreto de los corazones. ¿Cuántos hombres son cristianos sin saberlo, y ¡cosa casi mas estraña! sin atreverse á manifestarlo! Por una parte la carga de la vida cristiana, tan pesada cuando no se la conoce; por otra aquella terrible apren-

sion sobre las burlas, aquel temor de no poder responder á objeciones de cuya debilidad se tiene un presentimiento, y conservan esteriormente en la incredulidad unas almas desoladas por ellas y atraídas por Dios. Pero las soluciones materialistas con que se contentaban los hombres hace medio siglo, no se sostienen cuando la muerte, proponiendo el problema á la vista del alma humana, no la deja mas que un instante para elegir. Quiere uno morir cristiano, y esto no por un cálculo de probabilidades que se hagan en aquel momento, sino por una gracia del Altísimo. Es indudable que de veinte ó treinta años á esta parte mezcla el soplo de Dios, si se puede hablar así, mayor cantidad de verdad en el aire que respiran los espíritus. Dios se complace en las cercanías de la muerte lleven milagrosamente á la madurez aquellos maravillosos gérmenes, depositados en los corazones como sin saberlo ellos. Este estado del alma, mas frecuente que nunca en estos tiempos, está descrito en pocas palabras por un hombre que tuvo la dicha y gloria de anticiparse á la muerte. El mariscal de Saint-Arnaud era ya cristiano cuando sus mas íntimos amigos lo ignoraban aun, y cuando él mismo no lo sabía, por decirlo así. «Pasaba dentro de mí una cosa extraordinaria, escribía á aquel hermano á quien tanto amaba: el cuerpo, el espíritu, todo estaba enfermo, y esto había ocasionado un gran desorden, que atacaba el principio de la vida. Me

he acogido á la meditacion, de la meditacion á la oracion. El Domingo comulgaré como un verdadero cristiano. Acaso te pasmará esta conversion, y veras en mí una grande transformacion.» La transformacion es la misma que la que convierte á un buen oficial en un gran guerrero. Basta empeñar bien la batalla, y ganarla. Es uno otro hombre cuando ha hecho confesion general, como es otro militar cuando ha ganado la batalla de Alma. Pero estas dos operaciones son siempre á la vez el resultado de un largo trabajo del hombre y de una gracia de Dios.

Así al principio de la campaña, la gracia de Dios halló pronto el noble corazon del general Ney, duque de Elchingen, que era un hombre del mundo, notable por la elevacion de su alma, por el vigor de su carácter y por su finura. Estaba lleno de vida y de fuerza, y aunque observaba en gran manera ciertos respetos á la religion, no cumplia los deberes religiosos. Sin embargo, no habia querido que el capellan de su brigada se retirase, aunque habia sido llamado á Constantinopla por el mariscal. Tenemos el cólera, decia, y no podemos quedarnos sin sacerdote. Algunos dias despues fué atacado; manda llamar al capellan, y alargándole la mano en presencia de todo su estado mayor, le dijo: «Quiero que se sepa que soy yo quien os ha llamado. He hecho mal en vivir alejado de las prácticas religiosas; tengo una muger que es un ángel, y quiero

morir como buen cristiano.» Después de haber recibido la absolución, cruzó las manos sobre el pecho, ofreció á Dios el sacrificio de su vida, y le dirigió la súplica mas tierna por su mujer y por sus hijos. Hé aquí como estos corazones, ya cristianos, maduran al sol de la muerte. Al dia siguiente daba el mismo ejemplo el general Carbucía, y nuestros soldados plantaban grandes cruces sobre los sepulcros de estos dos valientes. Muertos, hacían triunfar en medio de los turcos el signo sagrado de Jesucristo.

Oigamos al sacerdote que se hallaba presente, que al mostrarnos el espectáculo de que fué testigo, nos pintará su propio ministerio. Diez mil hombres estaban acampados en las cercanías de Gallípoli. El cólera arrebató desde luego á todos aquellos que hubieran podido poner obstáculo á sus estragos. Dos generales de los cuatro, siete oficiales de sanidad, tres individuos de la contaduría, diez y siete enfermos, el jefe de los farmacéuticos y sus practicantes, fueron los primeros que sucumbieron.

«Yo estaba solo entre los enfermos, escribia el P. Gloriot; para confesarlos me veía obligado á ponerme de rodillas cerca de ellos; entonces comprendí que para salvar las almas con Jesucristo es preciso estar pronto á sufrir con él la doble agonía del alma y del cuerpo. La mayor prueba que yo sufría era mi aislamiento: estaba seis semanas sin poder confesarme, y al ver que todo sucumbía al rededor de mí, ni

aun la esperanza tenia de ser asistido por un hermano en mis últimos momentos. Dios me conservaba sin duda para que pudiese administrar los auxilios de la religión á tantas almas bien preparadas; porque si la prueba ha sido grande, grande fué tambien el consuelo.-- Siempre que entraba yo en aquellos lugares de desolacion, oía que me llamaban de todas partes. «¡A mí! Daos prisa á reconciliarme con Dios, porque solo me restan algunos momentos de vida.» Otros me apretaban afectuosamente la mano, diciéndome: «Qué dichosos somos en teneros en medio de nosotros! Si no estuviéseis aquí, ¿quién nos consolaría en nuestros últimos instantes?» Otros me daban la direccion para sus familias, rogándome escribiese á sus padres que habian muerto como buenos cristianos. He visto algunos que recogian las pocas fuerzas que les quedaban, para buscar en sus bolsillos algunas monedas que ponian en mis manos, encargándome hiciese rogar á Dios por ellos despues de su muerte... Los sentimientos de fé se reanimaban en todos los corazones. Los oficiales eran los primeros que recurrían á mi ministerio, viniendo á buscarme á todas las horas del dia y de la noche. Algunas veces oía su confesion al caminar de un hospital á otro, otras veces los encontraba aguardándome en las escaleras interiores de los hospitales. Yo me apoyaba en las mismas escaleras, y poniéndose ellos de rodillas á mi lado, recibían el perdón.

de sus faltas. Cuando me veían en las calles, se apeaban y me daban gracias afectuosamente, añadiendo casi siempre: «Sobre todo, si yo soy invadido, no deje Vd. de acudir al primer llamamiento.» Todas las tardes celebramos una ceremonia religiosa en el entierro de oficiales. Un día que tenía yo á la vista siete ú ocho cajas con cadáveres, y al rededor de mí el estado mayor de todos los regimientos, pedí permiso para decir algunas palabras. De pié sobre un sepulcro hablé por espacio de una hora; nunca he presenciado un espectáculo que mas me conmoviese; veía correr de todos ojos gruesas lágrimas.»

Pocos días ante de sucumbir él mismo á estas fatigas extraordinarias, que duraron diez y ocho meses, casi sin interrupción, escribía también: «Las disposiciones del ejército son excelentes. Yo quisiera poder publicar muy alto y hacer conocer á la Francia lo que acaso ella ignora, á saber: que el ejército ha conservado mejor que ninguna otra clase de la sociedad francesa las tradiciones religiosas. Es evidente para todo el mundo que el sacerdote es amado, respetado, bien visto de todos, así oficiales como soldados. Yo no me atrevo á decir que todos los corazones estén convertidos; pero los entendimientos se han reconciliado con la religion.»

(Continuará.)

VARIEDADES.

Publio Léntulo, gobernador de la Judea, en medio de ser un idolatra, dió al senado romano el siguiente retrato de Nuestro Señor Jesucristo.

«Aquí tenemos un hombre de una virtud singular, que se llama *Jesucristo*: los judíos le creen profeta, y sus discípulos le adoran como á descendiente de los dioses inmortales. Resucita los muertos y cura los enfermos con una palabra, ó con tocarlos solamente. Es de cumplida estatura, bien formado, y de un aspecto dulce y venerable á un tiempo. Su cabello es de un color que no se puede definir; dividido en dos partes, como lo llevan los Nazarenos cae formando graciosos bucles sobre los hombros y la espalda. Su frente es pura y espaciosa; sus mejillas delicadamente sonrosadas; su nariz y su boca igualmente perfectas guardan admirable simetría. La barba partida y bien poblada tendrá una pulgada de largo, de un color semejante al de los cabellos: sus ojos son brillantes, claros y serenos. Reprende con magestad, exhorta con dulzura, y todas sus acciones estan llenas de elegancia y gravedad. Jamás se le ha visto reír; pero ha llorado muchas veces: es afable, modesto y muy sabio: en fin es un hombre que por su estremada hermosura y sus perfecciones morales, es superior sin duda á todos los nacidos.»

ASTORGA.=1856.

Imprenta de D. Antonio Gullon,

